

agresión, retrocedieron, mas no tardaron en reanudar el ataque. Canrobert, solo, á pie, sublime de tenacidad y de energía, indiferente á la muerte hasta el punto de no verla, recorría las líneas y con una palabra afectuosa, con un apretón de manos, con un gesto benévolo animaba á los soldados para que no flaquearan; pero la evidencia del resultado definitivo no le permitía ya abrigar ninguna esperanza y por momentos el exceso de la emoción hacía, según se afirma, correr por su rostro las lágrimas. Andando el tiempo, el mariscal había de narrar estos hechos en lenguaje heroico: «Tenía, había de decir olvidándose de sí mismo, valientes soldados y oficiales fieles, y esto me permitió defenderme una hora más (1).»

La artillería debía abreviar aquella insolente resistencia. El comandante del XII.º cuerpo se encontraba cerca de Roncourt y desde allí seguía el curso general de la acción. Las baterías sajonas que habían permanecido cerca de los bosques de Auboué avanzaron, se situaron, dando frente al Sudeste, á mil ó mil doscientos metros de Saint-Privat, y formando un arco de círculo barrieron la aldea con sus fuegos convergentes. Muy pronto hubo en posición 84 piezas, prolongándose esta línea, al Sur de la calzada de Briey, por las baterías de la Guardia, por dos del X.º cuerpo, y más allá por las baterías hessenses. Los proyectiles, disparados de frente, á la derecha y á la izquierda, se cruzaron, destruyendo paredes, hundiendo techumbres y transformando en hogueras las granjas llenas de heridos. Al poco rato la aldea quedó convertida en un montón de ruinas, y como las granadas prusianas hacían insostenibles las últimas defensas, nuestros enemigos creyeron llegado el instante de intentar el esfuerzo supremo.

El tiempo apremiaba. En la planicie, por la parte de Sainte-Marie, declinaba el sol y sus rojizos resplandores al caer sobre Saint-Privat se confundían con las llamas de los incendios. De un extremo á otro de las líneas alemanas suenan tambores y trompetas, oíense las voces de mando y por encima de las columnas asaltantes despléganse las banderas, algunas de las cuales han cambiado de manos cinco veces durante la batalla. Los sajones atacan por el Norte y por el Noroeste; la Guardia por el Oeste y por el Sur, y aun en aquel supremo peligro hay un puñado de hombres á quienes no intimidan la inminencia del peligro ni la certeza de la derrota. Se lucha á la salida del camino de Roncourt, en donde cae muerto el general Craushaar, comandante de la 45.ª brigada; en las inmediaciones de la iglesia se prolonga una resistencia desesperada, en la que se traban algunos de esos combates á la bayoneta, bastante raros en todo tiempo y que seguramente no se verán en las guerras futuras; los alemanes han de poner sitio á las casas y los franceses sólo paso á paso retroceden. Detrás de las tapias del camposanto se concentra una última defensa; pero al fin los sajones y los prusianos quedan dueños de Saint-Privat y de Jerusalén. El general de Pape, á caballo y espada en mano, dirige desde cerca de la iglesia, que está ardiendo, la conquista, señala los puestos y pone un poco en orden aquella confusión de los vencedores; estos penetran en la aldea

(1) *Procès Bazaine*, declaración de Canrobert (audiencia del 21 de octubre de 1873).

triunfantes, lanzando hurras, poseídos de un júbilo feo y sombrío. Los sajones habían perdido 2.000 hombres; en cuanto á los combatientes, por el camino habían caído 8.000, de ellos más de 2.000 para no volver á levantarse.

XX

Canrobert había sido arrastrado lejos del campo de batalla. Había comenzado la retirada del 6.º cuerpo protegida por una retaguardia compuesta del 94.º y del 100.º de línea y mandada por el general Pechot. También los cazadores del general Du Barail intentaron contener al enemigo, y los restos de la artillería colocados en batería mantuvieron á distancia á los vencedores: «Marchábamos en buen orden, dijo posteriormente Canrobert; cada diez minutos me detenía con la esperanza de recibir refuerzos.» En el entretanto, Bourbaki, que primero se había puesto en camino y luego había retrocedido, acababa de dirigirse nuevamente más allá del *Gros-Chêne*. La artillería de la Guardia situó al Sudeste de Saint-Privat las cuatro baterías de su reserva, lo cual era bastante para asegurar, no la reanudación del combate, pero sí la salvación; y la marcha se efectuó, si no con el orden regular de que habla Canrobert, á lo menos sin demasiadas intermitencias y sin confusión. Al través de bosques y barrancos y en medio de las tinieblas, ya densas, los restos del 6.º cuerpo se alejaron de Saint-Privat, que estaba ardiendo, y se encaminaron hacia Saulny.

Del mismo modo que en un tejido poco apretado la rotura de una malla deshace toda la obra, nuestra larga y delgada línea de batalla, rota en su extremo, había de deshacerse gradualmente, replegándose toda ella de Norte á Sur.

El más amenazado era Ladmirault, para quien Canrobert no era simplemente un vecino de combate, sino un protector que, poniéndole al descubierto, lo dejaría sin defensa. A medida que el día declinaba, el comandante del 4.º cuerpo había ido siguiendo con redoblada ansiedad los peligros de su compañero de armas. En las vertientes de Amanvillers contenía á los granaderos de la 3.ª brigada y los hessenses sólo con grandes trabajos avanzaban á lo largo de la vía férrea; pero si al ataque de flanco se juntaba el de frente, toda la línea tendría que ceder. Ya hemos visto los mensajes que Ladmirault había enviado á Bourbaki; convencido del abandono en que se le dejaba, había buscado al Sur la ayuda que la Guardia no se atrevía á ofrecer ó retardaba. Leboeuf hallábase en su cuartel general del *Arbre-Mort* cuando uno tras otro se le habían presentado tres oficiales del 4.º cuerpo, quienes, en términos lacónicos porque el tiempo apremiaba, le habían expuesto la crítica situación de su jefe y habían invocado el interés común del ejército que se vería enteramente comprometido si toda la derecha cedía. Leboeuf, en un principio, habíase mostrado dispuesto á enviar fuertes reservas á Montigny-la-Grange; pero luego, temiendo desguarnecer su derecha, había mudado de parecer y prometido sólo un regimiento, el 41.º de línea. Se acercaba el momento fatal. Mientras los oficiales regresaban con aquella promesa incompleta, presentóse un ayudante de Canrobert, el coronel Lonclas, quien con acento cons-

ternado y con cierta emocionada solemnidad dirigióse al comandante del 4.º cuerpo, diciéndole: «Mi general, el señor mariscal tiene el dolor de participaros que se halla en plena retirada.» Ladmirault por toda respuesta hizo un gesto de abatimiento; desde aquel instante, su principal ambición había de ser evitar que le envolvieran.

Los alemanes avanzaban ya por el hueco que la retirada del 6.º cuerpo dejaba al Norte de Amanvillers. Conquistada Saint-Privat, la artillería enemiga avanza al Sur de la calzada de Briey y coge de flanco á los soldados del 4.º cuerpo; la división Cissey, directamente amenazada, intenta varias acometidas tan heroicas como infructuosas, y el general de Golberg y el coronel Fremont caen heridos y el coronel Supervielle muerto. «Mi estado mayor pierde sus caballos, ha escrito posteriormente el general Cissey; mi escolta queda destruída, dispersada; todo el suelo está sembrado de los restos más espantosos. Anonadado por la artillería, envío á pedir órdenes al general Ladmirault (1).» Este ordena que se abandone el campo de batalla, Cissey se retira por los bosques y la Guardia imperial protege su retirada del mismo modo que acaba de proteger la de Canrobert.

Tal fué la suerte de la división Cissey. La brigada Bellecourt también se retiraba, lejos del lugar de la acción; y al Sur de Amanvillers, la división Lorencez y la brigada Pradier marchaban con menos apresuramiento. En esto, la llegada del 41.º de línea trajo un socorro muy apreciable, pero insuficiente. ¿No sería posible limitar la derrota, manteniendo en sus posiciones de combate los restos del 4.º cuerpo? Un rayo de esperanza impulsó á Ladmirault á avistarse con Leboeuf; pero una corta conferencia con el jefe del 3.º cuerpo desvaneció sus últimas ilusiones, pues éste no podía ayudar á nadie porque bastante tenía que hacer para defenderse á sí mismo. Al mismo tiempo supose que Bourbaki, que se había adelantado para proteger la retirada de la derecha francesa, acababa de retroceder nuevamente á Plappeville. Delante de Amanvillers, de Montigny-la-Grange, de la granja de la Folie, estaban desplegados el IX.º cuerpo, una de las brigadas de la guardia real y detrás el III.º cuerpo. Ladmirault, tristemente convencido de la realidad, autorizó á Lorencez para que se retirara, y en medio de la obscuridad más absoluta, toda la división, y con ella un batallón del 64.º de línea, se replegó por la carretera de Lorry. Transcurrió, sin embargo, la noche sin que los alemanes tomaran posesión de las alturas, y aun algunos de nuestros soldados volvieron sobre sus pasos, los unos para recoger sus mochilas y los otros para llevarse á los heridos. En las ambulancias, amenazadas por el incendio, nuestros médicos continuaron prestando sus servicios; y es más, la brigada Pradier, que se había quedado en Montigny y á la que nadie se había cuidado de dar instrucciones, hasta el amanecer no descendió de nuevo al barranco de Chatel y desde allí se dirigió á Metz. Sólo en nuestra derecha el esfuerzo del adversario había triunfado de la tenacidad de Canrobert y del heroísmo de Cissey; en la prolongación de nuestra línea, la retirada, aunque necesaria, conservaría cierto aspecto de espontaneidad que disimularía la derrota. «Huíamos de las llamas, no

(1) Recuerdos del general de Cissey (*Revue d'histoire*, agosto de 1904, pág. 462).

del enemigo,» dijo más adelante Ladmirault. Hasta la mañana del 19 no se posesionaron los vencedores de las ruinas de la aldea que el 4.º cuerpo había tan valerosamente defendido.

XXI

La historia ofrece á veces singularidades que desconciertan. Mientras terminaba aquella batalla que tan alta había de poner la grandeza de Prusia y tan baja la fortuna de Francia, un hombre padecía todas las angustias de la incertidumbre y otro se tranquilizaba hasta mostrarse casi satisfecho: el primero era el rey Guillermo que estaba en Rezonville; el segundo, Bazaine que se encontraba en Plappeville.

El rey había llegado á eso de las cuatro y media á las alturas de Gravelotte, en el momento en que, como hemos visto, los regimientos de Leboeuf y de Frossard tenían en jaque á los soldados del primer ejército. Steinmetz, ansioso de tomar el desquite, lo había preparado todo para un nuevo esfuerzo, atacando sus tropas, al acercarse la noche, las posiciones francesas de *Moscou* y de *Point-du-Jour*; pero esta tentativa había tenido el mismo desgraciado éxito que las anteriores, pues la infantería alemana había sido precipitada al valle del Mance y nuestra artillería había lanzado sus proyectiles hasta la meseta en que se hallaba el estado mayor real. La retirada había producido una especie de pánico en la retaguardia del ejército, y aun hay quien afirma que, convirtiéndose el temor en espanto, dióse orden de desembarazar los puentes de Ars y de Corny, en previsión de una retirada definitiva á la orilla derecha del Mosela. El II.º cuerpo, que acababa de entrar en acción, no pudo forzar las posiciones francesas ni restablecer la línea de combate; de modo que cuando la toma de Saint-Privat aseguraba á los prusianos la victoria, los cuerpos II.º, VII.º y VIII.º veíanse abrumados por una suerte dudosa, casi adversa. Bajo esta impresión penosa regresó el rey á Rezonville en donde á duras penas pudo instalarse, tan grande era el número de heridos que había en la aldea. ¡Cosa extraordinaria! No sabía más que lo que ante sus ojos se había desarrollado, y lo que había visto avivaba en él las ansias de la derrota. Las peripecias de la jornada habían separado las fuerzas alemanas en dos grandes masas débilmente unidas por el IX.º cuerpo, originándose de aquí la ignorancia casi completa de la otra batalla que se libraba y ganaba dos leguas más al Norte. Al fin, durante la noche llegaron los mensajeros que divulgaron la verdad, aunque no entera, porque hasta el día siguiente no se supo por informes más concretos hasta qué punto tenía Prusia el derecho de triunfar.

¡Cuán diferente la escena en Plappeville! Bazaine había regresado á ese pueblo á las siete, procedente del monte Saint-Quentin, en el momento en que Canrobert sucumbía en Saint-Privat. Hacia el Noroeste, espesas nubes de humo flotaban por encima de las alturas y el horizonte se enrojecía con los resplandores de los incendios. Cuando el general hubo echado pie á tierra, el general Jarrás se le acercó y se aventuró á interrogarle. El comandante en jefe no había querido saber nada del 4.º ni del 6.º cuerpo; y como á su izquierda, único punto de su línea que había tenido á bien mirar, nada es-

taba comprometido, respondió con semblante tranquilo que estaba satisfecho de la jornada. Según él, las empresas del enemigo habían fracasado y las tropas francesas se habían mantenido en su línea inexpugnable. Jarrás, conforme escribió más adelante, no se había atrevido á preguntar al mariscal sino con «discreción respetuosa (1);» subordinado demasiado pasivo para ser útil, se guardó de formular objeción alguna. Bazaine, después de haber tranquilizado á todo el mundo, se encerró en su habitación y á las ocho y veinte minutos de la noche expidió al emperador el siguiente telegrama: «Llego de la meseta; el ataque ha sido muy vivo; en este momento cesa el fuego; nuestras tropas han permanecido constantemente en sus posiciones (2).»

La serenidad del general había calmado á los más inquietos. Media hora después llegó á toda prisa adonde se hallaba el estado mayor un subintendente militar que, según dijo, había expedido al 6.º cuerpo un convoy de víveres, el cual se había encontrado con carros que marchaban desordenadamente, con grupos de fugitivos, con jinetes que corrían alocados. Creyendo que se trataba de un pánico de carreteros y cantineros, dijo Jarrás al subintendente: «Reorganizad vuestro convoy y enviadlo al 6.º cuerpo que seguramente ha conservado sus posiciones (3).» En aquel instante presentóse el comandante Caffarel, edecán de Canrobert, dando cuenta de todo lo ocurrido: el ala derecha había sido rebasada, Saint-Privat había caído en poder del enemigo y los nuestros habían tenido que emprender una retirada que degeneraba en fuga. A este siguieron otros mensajeros, el capitán De la Tour du Pin, que venía del 4.º cuerpo, y el coronel Lonclas. El mariscal, que, según parece, quería trabajar, había dado orden de que no le importunaran; pero ante la gravedad de las noticias, Jarrás quebrantó la consigna. Lo que hubiera debido consternar al comandante en jefe dejóle impasible: la víspera y aun aquella misma mañana había hecho estudiar por el coronel Lewal posiciones que llevaban al ejército á ponerse nuevamente bajo la protección de los cañones de Metz; las órdenes habían sido dadas y se ejecutarían en seguida en vez de esperar al día siguiente. Así habló el mariscal, sea por inconsciencia ó por increíble aberración, sea con la esperanza de paliar la derrota aparentando no darle importancia: «No os desconsoléis,» dijo al comandante Caffarel, como si se tratara de un fracaso insignificante. El capitán De la Tour du Pin, que había dejado al 4.º cuerpo en situación menos desesperada, se atrevió á pronunciar algunas palabras que habían de devolver la confianza á los abatidos: «La división Lorencez, dijo, ha conservado todas sus posiciones; junto á nosotros, el 3.º cuerpo se sostiene firme y acaba de enviarnos socorros;» y luego, con su soberbia y generosa valentía añadió: «La batalla no está perdida; mañana se reanudará.» Al oír esto Bazaine se sobresaltó, y pronto siempre á enfriar los entusiasmos, como otros á encenderlos, le interrumpió diciendo: «No se trata de esto; mañana habíais de retroceder y la única innovación consiste en que retrocederéis esta noche (4).»

(1) General Jarrás, *Souvenirs*, pág. 125.

(2) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 43.

(3) General Jarrás, *Souvenirs*, págs. 127 y 128.

(4) *Procès Bazaine*, declaraciones de Caffarel y La Tour du Pin (audiencia de 25 y 27 de octubre de 1873).

Durante toda la noche marcharon las tropas descendiendo por los barrancos que conducen á Metz; el 6.º cuerpo se concentró en Woippy, y el 4.º se detuvo, en la mañana del 19, en Lorry. Lebeuf, aunque intacto hasta entonces, quedaba al descubierto á consecuencia de la retirada de Canrobert y de Ladmirault; y habiendo recibido á la una y media orden de replegarse, mandó que sus tropas se retiraran por el valle de Chatel y apoyó su izquierda en las aldeas de Sey y de Lessy, mientras por su derecha se ponía en contacto con el 4.º cuerpo. Frossard, á pesar de haber rechazado todos los ataques, fué también arrastrado por el movimiento retrógrado, y el 19 se instaló entre Longeville y el monte Saint-Quentin. La guardia se instaló al Este de Plappeville. Mientras se consumaba la gran retirada, Bazaine completaba, en un parte al emperador, los despachos de la víspera, anunciando «que el ejército se había batido todo el día en las posiciones desde Saint-Privat-la-Montagne á Rozerieulles y las había conservado,» y añadiendo con intencionada ambigüedad: «El 4.º y el 6.º cuerpos han realizado, á eso de las nueve de la noche, un cambio de frente, dejando el ala derecha á retaguardia, á fin de evitar un movimiento envolvente por la derecha que masas enemigas trataban de llevar á cabo á favor de la obscuridad.» Perdida la partida, Bazaine se dedicaba á quitarle importancia y á disminuir la trascendencia del fin que con ella se había perseguido; y aquella batalla, que la posteridad llamará *batalla de Saint-Privat*, había de ser denominada por él, valiéndose de una designación suavizada é ingeniosamente equívoca, *defensa de las líneas de Amanvillers*.

Podía aún el mariscal disimular su derrota; lo que no podía era conjurar su destino. Lo que tenía de precaria su situación había de demostrarlo la suerte que cupo al despacho que acabamos de citar. En efecto, apenas terminada la batalla, los exploradores de la caballería sajona que llegaron hasta Uckange, habían destruido el telégrafo y la vía férrea entre Metz y Thionville, y doce ó quince horas después, un destacamento de cazadores, que había salido en carruaje de Auboué, levantó los rieles y cortó los alambres en la línea de los Ardenas, á treinta kilómetros al Noroeste de Briey; de modo que cuando Bazaine quiso transmitir su parte, las comunicaciones estaban interrumpidas.

Moltke, que sólo gradualmente había abarcado toda la magnitud de su triunfo, tenía la certeza de que había de librarse una nueva batalla; por esto durante toda la noche permanecieron los prusianos delante de Amanvillers y de las granjas incendiadas, á cierta distancia, casi temerosamente y como si la lucha hubiese quedado suspendida, no definitivamente resuelta. Pero los albores del nuevo día iluminaron, no los preparativos para un nuevo combate, sino la retirada de las últimas columnas, que desaparecían en dirección á Metz. Entonces el jefe de Estado mayor alemán sintió disiparse sus postreras inquietudes, y delante de nuestra línea desguarnecida, en la que sólo había heridos y cádáveres, comprendió que la presa era suya.

No bastaba, sin embargo, echar á los franceses hacia Metz; era además preciso apresurar el triunfo final con la marcha sobre París, y Moltke, en vez de descansar en su victoria, imaginó inmediatamente una combinación nueva que había de completar las ventajas obteni-

das por Prusia. El primero y el segundo ejércitos, con todos los cuerpos reunidos y con sus divisiones de caballería, representaban, deducidos los no combatientes, una fuerza real de más de 270.000 hombres; y juzgando que se podía, sin imprudencia, no destinar al bloqueo de Metz la totalidad de estos efectivos, dictóse, sin pérdida de momento, en 19 de agosto, una real disposición dando una nueva distribución á los contingentes alemanes. La guardia, los cuerpos XII.º y IV.º y las divisiones 5.ª y 6.ª de caballería fueron reunidos en un nuevo ejército ó subdivisión de ejército, cuyo mando se confió al príncipe real de Sajonia, y que más adelante debía denominarse unas veces *cuarto ejército* y otras *ejército del Mosa*. Estos cuerpos así agrupados habían de unirse al tercer ejército, llamado del *príncipe real*, y combinar su acción con él, siendo su objetivo común encaminarse hacia París y subsidiariamente cortar el paso á cualquier ejército de socorro que tratara de libertar á Bazaine. El resto de las fuerzas alemanas, puesto bajo el mando superior del príncipe Federico Carlos, quedaría afecto al sitio de Metz. Mientras el nuevo ejército dirigía hacia el Oeste sus primeras columnas, en el otro se repartían los papeles para el bloqueo: el VII.º cuerpo se situaba al Sur de la ciudad, el VIII.º se extendía hasta la granja de Moscou, el II.º guarnecía las columnas, desde Moscou hasta Saint-Privat, y el X.º, en substitución de los sajones, prolongaba sus posiciones hasta más allá de Roncourt y hasta cerca del Mosela. Detrás, el III.º y el IX.º cuerpos, distribuidos entre la granja de Caubre, Saint-Ail y Sainte-Marie-aux-Chenes, formaban la segunda línea. La orilla derecha, menos expuesta, quedaba vigilada por el I.º cuerpo, la 3.ª división de reserva y la 3.ª división de caballería (1).

El día 20 quedaban terminados estos preparativos, siendo aquella la primera jornada del sitio. Prusia acababa de recoger los frutos de su intenso esfuerzo: seis días antes tres caminos se abrían á nosotros para escapar de Metz, el de Mars-la-Tour, el de Conflans y el de Briey; el 16 habíamos perdido el primero á consecuencia de la batalla de Rezonville; el 17 nuestra retirada había dejado en poder del enemigo el segundo; el 18 la batalla de Saint-Privat nos había cerrado el tercero.

XXII

Así terminaba, después de cinco días de marchas y de maniobras y de tres grandes batallas, el duelo entre los dos ejércitos. La historia no ofrece nada más memorable que esto. El premio de la victoria ó de la derrota era Francia: en ambos campos el número de combatientes era proporcionado á la importancia de lo que se disputaba; Francia había enviado al lugar de la lucha sus mejores tropas, Alemania sus soldados más valientes, y allí estaban en el bando alemán el rey, Moltke, los príncipes prusianos y todos aquellos otros príncipes á quienes Sadowa había encadenado á la fortuna alemana, y en el bando francés los vencedores de Malakof, de Magenta, de Solferino, mandados por tres mariscales de Francia. La ciudad en cuyas inmediaciones

(1) *La guerre franco-allemande*, tomo II, págs. 885 y siguientes.

se libraba el combate era una de las más famosas plazas fuertes de Europa, y el patriotismo francés gustaba de llamar á Metz la inviolada. Por una singularidad muy poco frecuente en los fastos de la historia, lo mismo en Mars-la-Tour que en Saint-Privat cada adversario combatía de cara á su propio país, y la gran esperanza de los franceses había de ser no invadir el territorio enemigo, sino volver á la patria. Inaugurábanse métodos de guerra completamente nuevos, de suerte que la misma lucha que había de cambiar toda la política desconcertaba también todas las prácticas mili-



El príncipe Adalberto de Sajonia

tares consagradas por el tiempo. El horror solemne de los acontecimientos aumentaba con el tributo que la muerte se había cobrado en los dos ejércitos: ya hemos visto cuáles fueron las pérdidas de Borny y de Rezonville; las de Saint-Privat ascendían para los franceses á más de 12.000 hombres entre muertos, heridos y desaparecidos (2); los alemanes, mucho más castigados, contaban más de 5.000 muertos y más de 14.000 heridos (3). Cuando la guardia prusiana hubo de unirse al príncipe de Sajonia, vióse obligada á retardar su marcha hasta el día siguiente, ¡tan grande era el número de muertos que había de enterrar!

En la literatura nacida de la guerra se ha designado algunas veces con el nombre de trilogía de Metz la serie de las tres batallas en que se hundió nuestro ejército; y realmente encontramos algo del drama antiguo en las faltas mezcladas con fatalidades que hicieron vana toda valentía, engañosa toda esperanza. Durante cinco días, del 14 al 18, nos acercamos á la victoria, la tocamos, vamos á cogerla y se nos escapa. En Borny, empeñando con mayor vigor la batalla, pueden los nuestros asegurarse la ventaja, ó rehuyéndola, ganar un

(2) Parte del general Bazaine sobre la defensa de las líneas de Amanvillers (*Revue d'histoire*, junio de 1904, pág. 660).

(3) *La guerre franco-allemande*, tomo II, anexos, pág. 200.